



SITUACIÓN APASIONADA DE VICENTE ALEIXANDRE

Jacinto Luis Guereña

Una fachada con escritos

La casa, su salida al exterior, la fachada como acogida del lector. O del visitante. Leer una obra es visitarla. Dialogando, claro está. Siempre las interpenetraciones del diálogo. ¿Existe acaso la soledad sin otra soledad dentro de la propia interioridad?

En Vicente Aleixandre, y sin necesidad de rastrear mucho, la mirada lectora y lúcida crítica se halla con esa realidad: el poeta, sin narcisismos inútiles y hasta inadecuados, nunca cesa de hablarse, no es que se tenga que obstinarse, es su modo de ser, necesita hablarse. Es su exigencia más constante, más dominante. La palabra de poesía pensante y dialogadora. Con la voz de los sentimientos. En busca de su expresión atinada. Que refleje al hombre que es el poeta. Apasionadamente. La exigente y aparentemente sosegada pasión del poeta. No se olvide su

divisa, enarbolada como bandera de combate en su creatividad: «Servir: la única libertad del poeta». No caben subterfugios ni escapatorias. Desde que en 1917, y gracias acaso a Dámaso Alonso, la poesía iba a atenazar a Vicente Aleixandre. Lazos con nudos imposibles de desatar. La poesía, para servirla, sirviéndola con amor. Muy apasionadamente. Es una situación apasionada aunque luego, a lo largo de los años, intervenga más y más el ejercicio de la razón. Pero recuérdese, asimismo, lo susurrado por Pascal y que viene a ser secreto a voces, pregonándose como realidad absoluta y misteriosamente guiadora: «le coeur a ses raisons que la raison ignore». El poeta, empujado por su creencia, por su adhesión inquebrantable al lenguaje de los sentimientos. Lo hace (hay que hacerlo) con pasión. De lo contrario, no hay poesía. No hay nada, meros juegos que incluso pueden ser agradables y deliciosos. El deleite

es una despedida de la exigencia.

El idioma expuesto en versos se encauza por otros derroteros, los del hombre cotidiano. Hay más arraigo en la vida, su residencia es concretamente terrestre y lo recalco con la aplicación más nerudiana de la memoria. Vivir y sentir y dialogar terrestrenmente no excluye soñar. Es uno de sus encaminamientos primordiales. El amor y los ensueños, en los días de las aventuras del hombre. Todo un programa.

A sabiendas de lo que hacía y expresaba, Vicente Aleixandre nos lo recuerda. Acaso con algo de afectación dijo que no le interesaba «explicarse» acerca de su poesía, sobre eso que yo llamo bio-poética, el aleteamiento propio y profundo de la palabra que va a posarse allí donde cree encontrar mejor placer y mejor sustancia de supervivencia. Estoy pensando en las

abejas que van a libar las mejores ofrendas de las flores. Estoy pensando, asimismo, en las mariposas, posándose como hermosos signos en sus revoloteos de primavera. No es que sea siempre efímera la palabra. Yo incluso creo que nunca lo es, que no llega a serlo. La palabra es permanente. Como su propia raíz, como el universo de sus sentimientos.

Vicente Aleixandre escribió: «no creo demasiado en los buceamientos del poeta sobre su propia actividad, ni mucho menos en sus teorizaciones sobre su poesía» (y lo dice, precisamente, cuando escribe y publica sus *Prólogos y notas a textos propios*, 1944-1976). Son las ligeras concesiones que todos cuantos escribimos solemos hacer, tal vez sin darnos cuenta, en nuestras contradicciones. Por un lado, el poeta Vicente Aleixandre no cree «demasiado», luego cree; y por otro lado, siempre nos ha dado «teorizaciones» sobre su quehacer poético. Quiso significar que esa tarea no era la esencial. Estamos de acuerdo: lo importante es crear, y servir a la poesía, con toda la energía, apasionadamente.

Este arranque lo veo ya en su segunda obra, cronológicamente considerada. Es el libro de poemas en prosas escritos en 1928-29 y que se editó en México en 1935. Lo que quiero subrayar es el derrotero de los tres títulos que fue teniendo: 1) *La evasión hacia el fondo*; 2) *Hombre de tierra*, y 3) *Pasión de la tierra*, desde luego el más hermoso y aclarador de los tres. Ya está iluminada la fachada, el lector-visitante sabe a dónde se dirige. Poesía con sus territorios humanos, siempre y por fuerza, hacia el fondo y en la tierra con pasión, puesta ya en vanguardia, en primera línea

de la expresividad de lo que el poeta ansía decir (decirse y decirnos).

Para mí, ahí queda ofrecida la presencia aleixandriana, y hasta la vigencia de su vida-obra entrelazándose tal como aspiraba a serlo la sensibilidad juanramoniana. Todo se reúne en gavilla de buena cosecha, de buen logro. Las señas de identidad las dio Vicente Aleixandre y lucen como imborrable anuncio luminoso. Leámosle: «El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido, caído con verticalidad» (en su discurso de recepción en la Academia Española, 1949). El poeta, en sus exigencias y muchas veces patéticas celebraciones de la palabra: «Yo veía al poeta en pie sobre la tierra», escribe, y añade: «Yo he visto al poeta como expresión de la difícil vida humana, de su quehacer valiente y doloroso», y es que late una convicción de que la cuestión esencial es «mudez o comunicación» («Prólogo y notas previas a *Mis mejores poemas*, 1956).

Avidez, sed, ansia, una trayectoria que jamás cesó de manifestarse, el hombre en sus actos y en sus pensamientos día tras día, instante tras instante. Confirmándose en *Sobre un poeta* (carta a Dámaso Alonso). Entresáquense fragmentos significativos: «Soy el poeta o uno de los poetas en quienes más influye la vida... Tengo una visión unitaria de la vida... Los límites corporales que me aprisionan, se rompen, se superan, en esa suprema unificación o entrega, en que, destruida ya mi propia conciencia, se convierte en el éxtasis de la naturaleza toda». No cabe la menor duda, el poeta está habitado por constantes y actuales exigencias: las del amor.

Poesía de plenitud en sus visiones panteístas. Casi sartrianamente podría decirse que es la plenitud conseguida por esfuerzo y pasión en las conquistas del hombre. Terca-mente soñadas y ansiadas. Por eso el amor «trasciende siempre en imágenes a un amor derramado hacia la vida, la tierra, el mundo». Ahí queda patente su voluntad de conquista unificadora, lo reconoce: «¡Cuántas veces confundo a la amante con la amorosa tierra!». Nos ayuda la lectura de esa carta publicada, el poeta sigue aclarándose: «...fácil es explicar mi amor por la naturaleza, mi sensibilidad para el placer de los sentidos: vista, oído, etc.; mi adoración por la hermosura visible, y hasta la mística de la materia que indudablemente hay en mí». La frase final es donde culmina su confesión apasionada y participante: «al beber el vino encendido del sol, siento la comunión de la vida». Es exacto, lo siento, pero también es verdad que su felicidad es ese sentir, esa glorificación de apasionados goces de los sentidos. La mirada aleixandriana, bebiéndose a tragos la luz, es pasión pura, quiero decir primera y última, pasión que existe en sí misma y que busca simultáneamente compartirse, dialogando, y es esa comunión con la vida (los hombres y el universo). Nos ha dado el poeta su metapoesía, su invención, su observación, su descubrimiento. Ya lo señalé antes, voz dentro de la voz, o voz más allá de la voz: «La poesía supone, por lo menos, dos hombres. No existen los poetas solitarios». Vicente Aleixandre como una enraizada cantata de esencialidades, una radicalísima y vital mirada, pasión lejos de indiferencias y evasiones.

Es que, a lo largo y a lo ancho de su obra, el poeta de-

muestra su capacidad de incorporación a las realidades sin espejismo de su tiempo (que es el de todos y, desde luego, el nuestro). Con sólo aproximarse detenidamente a los títulos de sus libros, brota inmediatamente la representatividad apasionada (que no excluye lucidez, que no elimina emoción). Al decir títulos de sus libros incluyó los títulos de sus poemas. No hay desengaño posible. Es una obra cuya palabra está llena de armonía vivaz y necesaria, como una «suite» bachiana, intemporal y eterna sin dejar de ser realidad arraigada en su tiempo. Signos que van surgiendo de esa coherente mirada englobadora con su memoria histórico-soñante, signos de su evolutiva decantación.

El poeta, en su confianza de sentimientos, sabe que testimonialmente se apasiona el hombre: es *La destrucción o el amor* (1935). Y su precedente afirmación, con observables tensiones de tipo surrealista, había sido el conjunto *Espadas como Labios* (1932) la fuerza de letargo de «movimientos anímicos diferenciados», como dice el autor, la fuerza ardiente ya que si no sería sangre del desierto, la fuerza apasionada de las imágenes dislocadas y caóticas. Esta búsqueda del conocimiento en total plenitud se hace epicentro en *Sombra del paraíso* (1944), y todo lector puede interrogarse, ¿cómo no vivir con pasión si se vive y se goza paradisiacamente? Hay idilios aunque con contrastes de precederos amores y dolores. ¿No será la razón epicentral y con resbaladiza sinceridad de pesimismo en *Mundo a solas* (1950)? Itinerario que se enmarca, diversificando los sentimientos acendrados en *Nacimiento último* (1953), y aquí se lee la llameante *Elegía a Miguel*

Hernández y luego en *Historia del corazón* (1954) donde Aleixandre describe al amor «como símbolo trascendido de solidaridad... (porque) pronto la intuición se abrió y ensanchó hasta dar lugar a la visión completa y abarcadora». Se alza con arquitectura y acaso con concienciación terrestre *En un vasto dominio* (1962), donde gozosamente brillan poemas paradisiacos, textos con acento apasionado, poemas como *Materia humana* y *Materia única*, y aquí leemos: «Ardiendo, la materia / sin consunción deborda / el tiempo, y de él se abrasa».

Ya se enamora el poeta, con trágica exaltación, de vida en presente y con armonías elegíacas, de todo el universo, por amor quisiera convivir y así nacen sus poemas de globalización intensa y solidaria: son los *Poemas de la consumación* (1968). La palabra de rafagueantes iluminaciones, a ratos con sacudidas verbales de surrealismo y de vértigo, parece agotarse, la carne mortal obliga a recordar el brío (siempre, la pasión, presencia o memoria) de la juventud. No se trata de lamentación de la madurez, pero sí de reconocimiento forzoso de las estaciones más o menos líricas de la palabra. Hay más sobriedad en la comprensión, en el acercamiento a la luz del hombre y de su entorno, la palabra se adentra en su propia densidad. Persiste el denominador común y no cesa el poeta en sus tentativas de expresar un ciclo vital, el dramatismo se entrecruza en monologación de la palabra, los textos tienen amplia respiración, nos hallamos ante *Diálogos del conocimiento* (1974), una emoción en vilo que desemboca en destino trágico del amor y de sus intérpretes los amantes. Puede haber sabiduría y fatalismo y

hasta tristeza y reflexión y acatamiento a las verdades biológicas. El poeta escribe a sabiendas de que la vida ha ido fluyendo y tiene que alcanzar su momento desembocante, eso es el conocimiento y sin que no se renuncie nada y ni siquiera rechazar o desacreditar al héroe (lo mismo da decir hombre que decir amor), la realidad presenta otras ofrendas y delicadamente analizadoras y proustianas. Lo que fue no puede seguir siendo si no es en los demás. Veamos esa voz en algunos versos del poema *Los amantes jóvenes*, muy unitario pero extenso:

Cada mañana, y vive. ¡Qué
[sensación de aurora!...
La vida era
de carne luminosa, encarna-
[ción del mundo...
No sé, pero conozco. Quien
[recuerda es quien muere...
Yo nací para el mundo. Para
[amar. No he gemido...

Así se expresa «él», y confirma que hay fuego para embriagar a la vida, a los anhelos nocturnos y diurnos del amor.

Final de existencia. No pueden arrinconarse razones de peso: la enfermedad del poeta, las experiencias de los años 1936-39 y las tinieblas de la posguerra y, sobre todo, las órdenes de la edad materialmente biológica. Ceden los impulsos, ¿es huerto florido o marchito la existencia?, y el poeta reconoce esa fluencia determinante del tiempo, «ayer ya murió», tristemente acata leyes inexorables: «Mañana ya ha muerto». Se marchitó la pasión. Se acabó la palabra entusiasta, la obra en verso se sintió anclada, varada (por utilizar un adjetivo de entonces, *La sirena varada*, de Alejandro Casona y que Vicente Aleixandre conoció con fuerza joven y apasionada).

Todas las escenas de una geo-política aleixandriana tienen dos polos: Andalucía y Castilla central, Málaga y Madrid. «Nací a la luz, e incluso a los libros, en Málaga —otro modo de nacer—, porque allí aprendí a leer, que es el segundo nacimiento», confiesa en su «Nota autobiográfica». Desde 1909, en Madrid. El primer contacto con la poesía lo tuvo a través de Rubén Darío, fue Dámaso Alonso quien le prestó una antología rubendariana, fue la revelación. No tardó en escribir versos, en secreto, y hay un cuaderno con intentos incipientes, cuatro amigos empezaban a escribir poesía, Vicente y Dámaso entre ellos y son los que prosiguieron con fidelidad este camino. Después... lecturas y hallazgos de felicidad en Antonio y Manuel Machado, en Juan Ramón Jiménez. Los años pasaron, y el poeta publicó en 1926 entrando en contacto con los amigos poetas del grupo generacional de 1927. Aleixandre obedecía a lo que en él «era un cumplimiento, un apetito y una necesidad: un existir de sí mismo», nos dice, escribía y escondía los escritos. El azar y la realidad, hasta que una serie de poemas, bajo el título «Número» se publicó en la *Revista de Occidente*. ¿Después? Después, lo que brevemente he bosquejado ya, una trayectoria de intensa quemazón de sentimientos, la lista de libros de poemas en la amplitud apasionada de la vida, de la existencia comunicativa y terrestre, sensible y recordadora, la voz con palabra de vehemencia, el premio Nobel en 1977, y ya antes, en 1949, la enorme repercusión de que un poeta formase parte de la Academia Española de la Lengua. Lo demás, por añadidura, es historia de la literatura...

Paralelismo y convergencia entre Aleixandre y Paz

En cristalización de coexistencia humana y, asimismo, poética (poco importa el distanciamiento de fechas de nacimiento: 1898, Aleixandre; 1914, Paz). Con apasionamiento y humanización lúcida de la palabra de poesía. Luz en la madurez de ambos creadores. Asentándose sensible y sensualmente en la tierra. El trabajo del poema, la escritura poemática, conlleva mirada crítica, solidaria y comunicadora. Ya desde allí, en este planteamiento de arraigos que impulsan a la expresividad de cuanto se siente, piensa, vive y sueña, la hondísima exigencia de la poesía, Aleixandre y Paz parecen conjuntarse en algunos aspectos de sus obras respectivas. La elaboración no es hermética y abstracta pese a los ramalazos del surrealismo (dígase, asimismo: del irracionalismo que libera y proporciona alas) aunque posea signos de indudable intelectualismo. En general, la poesía del siglo XX, es así, salvo las fases de una palabra incorporada directamente a los problemas socio-políticos y socio-históricos, salvo esas fases de compromiso por resistencia en defensa de la libertad y de la causa popular.

Estos dos poetas se aferran, con autenticidad y lucidez, a los valores del hombre, en su humanismo, su digna y hermosa humanización. Ambos poetas tuvieron sus utopías, pero también sus agonías. Porque el poeta es el hombre, iluminación súbita y razonada, siempre presente, la significación empecinada de una idea del hombre, libre y heterodoxo. Es como si un preámbulo de coincidencias se hubiese impuesto a los dos poetas. Y no es porque se conocieran, sino por imposición de sus en-

caminamientos en la literatura. La vida y el cuerpo, divisa que encauza, «tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre», expuso con claridad Aleixandre. Y su poema *Materia humana*, ¿qué es sino incendio de todo el cuerpo, derramándose sus llamas que se integran en otros seres y en tiempo con pasión terrestre? Al deletrear la obra paciana, surge el cuerpo siempre, es vigencia permanente. Amor, por lo tanto, es timón en ambos poetas, una interpenetración bio-temática que aglutina sus universos.

¿Qué lazos podrían establecerse entre estas dos territorialidades de creación poemática? Tras lo que acabo de subrayar, véanse otros puntos. Como:

1) La vastedad fraterna; afán de no olvidar, estar inmerso siendo co-participación, la sustancia de vivir. Si la voz aleixandriana dice: «Porque todos son uno, uno sólo; él, como él es todos» (*La oscuridad*) la voz paciana dice: «todos los nombres son un solo nombre, / todos los rostros son un solo rostro» (*Piedra de sol*). Es soledad y comunión, realidades concomitantes, insoslayables, los dos poetas. En Paz, además, eso procedía de su mundo indio-mexicano, con la otredad que es proximidad aunque parezca lejanía. Es el yo plural, cuya resonancia la estipulaba Aleixandre así: «cada hombre, al vivir su vida, está viviendo la vida de un hombre, pero también la vida del hombre». Nos hallamos ante una palabra ahondante de poesía vital y abierta, en ambos poetas, sienten, sufren, aman, sueñan, mueren.

2) La preocupación por el tiempo, con imborrable reper-

cusión como reloj y espejo y creación incluso. Es enfrentamiento con la temporalidad, aunque no lo reflejen con idéntica metodología de expresión. Duración junto a instantaneidad, como cara y cruz del tiempo. No solamente y biológicamente tiempo de nuestra historia (personal, universal) sino que es vida fuera del tiempo, y es la visión paciana. ¿Acaso la diferencia de edad y de enfoque) En Aleixandre, yo veo su afán de recordar, y puede añadirse que olvidar es muerte; también es luz y sombra, tiempo de vida hacia el inevitable tiempo de muerte. Para Paz «el presente no es inalcanzable, el presente es perpetuo» acaso porque se exige tiempo para vivir despacio ya que «ver al mundo es deletrearlo».

3) La preocupación por la palabra, un quehacer constante encarnándola, llenándola de existencia, de signos y sustancia. El poeta (el hombre, cabalmente) en su relación que no se desata, la palabra del hombre. «El camino es escritura / y la escritura es cuerpo», escribe Paz. Escuchemos a Aleixandre: «Para todos escribo. Para los que no me leen sobre todo escribo. Uno a uno, y la muchedum-

bre. Y para los pechos y para las bocas y para los oídos donde, sin oírme, está mi palabra». ¿Enraizamiento con ardor de labios del hombre dialogando? Creo que sí, en ambos poetas arde la sed, es pasión por comunicarse, estamos ante una palabra comunicativa, las estrofas se entregan y se hace entendimiento, se conquista la interioridad para sembrarla en los demás.

4) La mirada de totalización, ambición máxima con deseos aglutinantes incluso si es tarea muy difícil. Ahí reside la belleza del acto poemático. Que haya fluencia y luminosidad antes de la desembocadura final (en el poema, y en la muerte). Siempre la pasión que se desperdiga para abrazar al mundo, englobando con sensibilidad envolvente los signos de dentro y fuera, hombre y cosmos. Puede existir el paraíso y también puede conocerse el sufrimiento. Pasión acuciante de conocer y existir. «Quien vive amó, quien sabe ya ha vivido», dice Aleixandre. Y Paz escribe: «Eres tan sólo un sueño, / pero en ti sueña el mundo / y su mudez habla con palabras». Como boomerang que va y regresa, como

mirada que en los demás renace y se multiplica, en estas dos situaciones expresivas tenemos la sustancia común de los poetas: ansia entera y global, amor totalizante e insustituible. ¿Qué hermetismo brota de tanta fuerza incandescente? Los fragmentos y sus a veces situaciones frenéticas en la tierra. La palabra, semilla con vistas al himno gozante y a la cosecha hermosa. Situaciones apasionadas y con ecos tiernamente glorificados en la temporalidad de la vida. Tal vez pueda acabarse con Paz: «Palabra como un sol / Un día se rompió en fragmentos diminutos / Son las palabras del lenguaje que hablamos», y con Aleixandre: «con el polvo de la tierra en mis hombros, / impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre, / hème aquí, luz eterna, / vasto mar sin cansancio, / rosa del mundo ardiente. / Hème aquí frente a ti, mar, todavía...».

El hombre y el amor, materia de la palabra, inapagable esencialidad de la palabra. El poeta embriagado por la luz de la vida, con su lenguaje que es materia de apasionadas situaciones de comprensión y ternura. Con esa «mística pasión» de la materia que Aleixandre poseía y confesó.